hijos, como la llueca recoge sus polluelos bajo sus alas, y no has querido!

Nazareth, 7 Mayo.

A media tarde del día 2 salimos de Jerusalem, por la grandiosa y monumental puerta de Damasco; mis ojos se posaron en la honda y negra cueva de Jeremías; pues él, y solo él con el doloroso acento de las lamentaciones, puede hablar de la Jerusalem actual.

A cuatrocientos pasos se encuentra el edificio que dedican los Padres Predicadores á San Esteban, el primer predicador que dió, allí mismo, según tradición, la sangre y la vida por la fe. Han descubierto un gran mosáico, cerca del solar de una capilla que estaría dedicada al propio santo, en el lugar donde cayó herido y muerto por una gran lluvia de piedras. Los Dominicos, según se dice, hacen una casa destinada á ejercicios espirituales, y en la pared del huerto ó jardin, á medida que la van edificando, ponen hermosas capillitas representando los 15 misterios del Rosario.

La tumba de los Reyes que se encuentra más hacia aquí, consiste en un foso cuadrado é inmenso que, según fray Lievin, sirvió de cantera á Jerusalem muchos años. El vestíbulo, sostenido en otro tiempo por columnas de la misma roca, se abre en una de sus paredes y está adornado con un piso de gusto delicado, aunque incompleto. Allí, por una puerta de 90 centímetros de alto, se entra á las tumbas, cavadas al rededor de escavaciones que se introducen, la una detrás de la otra, en la roca viva.

Desde la tumba de los Reyes se camina un buen trecho por una vía romana, y se atraviesa el Valle de Josafat, que acaba un poco más arriba.

Montaña Scopus.—Donde el gran sacerdote Jaddo salió al encuentro de Alejandro que iba á apoderarse de Jerusalem.

Desde una altura, al despedirnos de la Ciudad Santa, rezamos, como es costumbre, el salmo:

Super flumina Babilonis illic redimus, et flevimus cum recordaremur Sion.

In salicibus in medio ejus, suspendimus organa nostra.

Y mirando fijamente por vez postrera á Jerusalem, coronada aún de hermosos muros, le digimos con el Rey Profeta:

Si oblitus fuero fui, Jerusalem, oblivioni detur dextera mea.

Adhœreat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui.

Ninguna ciudad del mundo hace tal impresión al dejarla, y no obstante, uno ignora si es amor, odio ó compasión lo que siente por ella, ó si siente á la vez esas pasiones, según se acuerda de la ciudad que fué cuna de la ley, imagen de la Jerusalem celestial, pre-

dilecta del Altísimo, ó del pueblo ingrato, cruel y deicida.

El-Bireh (antigua Beroth).—Allí Débora, sentada bajo una palmera, juzgaba al pueblo de Israel. Aquí es donde José y María, volviendo de Jerusalem, se apercibieron de que Jesús no iba con uno ni con otro. Se ven ruínas de una iglesia de tres naves, dedicada á la Virgen por los cruzados.

Samaria.—El primer pueblo que se encuentra es Bethel, donde Loth se separó de su tío y donde Jacob, huyendo de Saúl, vió la escala misteriosa que llegaba hasta el cielo, figura misteriosa de la Iglesia.

Allí fué enterrada Débora, nodriza de Rebecca, bajo una encina que fué llamada Encina de los lloros. Jeroboam adoró en Bethel un becerro de oro, y 42 niños de esta población, en el camino que va á Jericó, fueron devorados por los osos por haber insultado al profeta Eliseo.

Jifna.—La hemos visto solamente de lejos. No hay más que el lugar de una encina llamada Arbol de la Santa Virgen. Según la tradición, la Madre de Dios descansó viniendo de Nazareth con su hijo, y otra vez, volviendo de Jerusalem, cuando perdió á Jesús, viniendo desde El-Bireh buscándolo.

Silo (Seiloun) donde Josué puso el Arca y estuvo

300 años, y donde murió el sacerdote Helí al saber la muerte de sus hijos Ophni y Phinées.

Saliendo de *Khan es-sáoureh* vénse á lo lejos, por primera vez, al N. la cordillera de Garizim, y más allá el Hermon, casi siempre cubierto de nieve, como nuestro Canigó.

Pozo de Jacob ó de la Samaritana.—Está en medio de las ruínas de una pequeña iglesia construída por Santa Elena. Está hecho de piedra y cal y es profundísimo, pero no tiene agua. Su brocal es de una pieza. Al pie de ella leímos devotamente el Evangelio recordando el hermoso encuentro de Jesús y la Samaritana. A un kilómetro del pozo pasamos cerca de la tumba de José.

Ain Dafnah.—En este lugar, que está en medio del valle, entre dos montes, Josué puso el Arca y después de ofrecer un sacrificio, haciendo colocar seis tribus á una parte y seis á la otra, pronunciaron dos levitas las maldiciones contra los transgresores de la ley y las bendiciones para los observadores, y todos respondieron: Amén.

Napluse, antigua Sichem.—Situada en un hermoso valle entre dos montañas Hebal, vestida en toda aquella vertiente de nopales, y Gazirim, cubierto de verdes árboles y campos de trigo. De Gazirim, bajan unas cuantas abundosas fuentes que llenan de

vida y de murmullos sus huertos y jardines, pasando sus riegos por dentro de la ciudad, que no por esto es más limpia que las otras de Palestina, aun cuando es un todo diferente.

Hay muchas casas de tres pisos y de aspecto monumental como lo tienen sus murallas.

La capilla latina está enclavada dentro de la rectoría, es muy pequeña, y con bastante trabajo debe haberse visto nunca llena, pues de 16.000 habitantes no hay más que 60 católicos, siendo casi todos los demás mulsumanes. Visitamos el templo de los griegos unidos, que es tan grande como desierto, y el de los samaritanos para ver el famoso manuscrito del Pentateuco, que data, según Lievin, de Manassés, esto es, de 300 años antes de Jesucristo.

Consiste en una ancha faja de pergamino que se rolla por cada extremo en dos brocas de plata. Los cinco libros de Moysés están escritos con caracteres samaritanos. El pontífice de esa extraña rama del judaismo, reducida hoy á 240 fieles, nos lo trae, porque nosotros no hemos querido descalzarnos hasta la puerta del templo, y nos lo enseña gozoso por dos pesetas y media. Cuéstale más morir á una religión, por pequeña que sea, que á diez dinastías.

Djémeh el-kebir.—Es una antigua iglesia, convertida en mezquita; su portada gótica es magnífica, y tiene algún parecido con la del Santo Sepulcro de Jerusalem. Vénse dentro columnas de granito,

enteras ó á pedazos, pero derechas aún, como soldados de la cruz que aún no han querido doblar la rodilla á Mahoma.

Los habitantes de Napluse no parecen de los más civilizados de Palestina, y los niños, que hacen, según el adagio, lo que ven hacer á los grandes, corren amablemente tras nosotros pidiendo *bakchiches*, á cambio de los improperios que nos lanzan.

Desde Jerusalem á Napluse el vestido cambia totalmente. En Samaria, los hombres del campo van vestidos con túnica azul, como las mujeres del campo de casi toda la Judea, y muchas mujeres visten de blanco, como los hombres en Judea, aunque esto no es raro al rededor de la Ciudad Santa. Lo que parece verdaderamente extraño es ver á los hombres vestidos de largo, y á las mujeres, especialmente en su infancia, llevando medias anchísimas y desgarbadas. En toda la Judea hemos notado en las mujeres tendencia á coronarse de monedas de oro ó plata, mas desde Jerusalem á Samaria las hemos visto ricas y pobres, hasta las apacentadoras del campo más infelices, con la cabeza rodeada de duros de canto (habría unos cuarenta á sesenta), agujereados por en medio y atados con un cordón. Dicen que muchos son columnarios, llamados por los naturales *columnata*, que los mismos exigían de los pobres frailes, tributo que las mujeres hacen lucir sobre sus frentes, trasmitiéndoselo de madres á hijas. En Samaria no he vuelto á ver esa corona de plata, aunque, según me dicen, es solo

por guardarla mejor dentro de una de trapo que llevan en la misma forma.

El país de Napluse es fertilísimo, los olivos son gruesos, tiernos y cargados de flor; verdean los manzanos, los granados de roja flor, los nopales cercan todos los huertos y jardines llenos de cebollas, ajos, tomates, melones, donde se escucha susurrar el agua y cantar las aves. El país que encontramos hacia Sebaste no es tan abundante en agua, pero tiene con él mucho parecido.

Aquí en Napluse, como en Ramalá, hemos descansado en la casa parroquial, ó patriarcado, como aquí la llaman por estar servida por un sacerdote del Patriarca; los dos son del país. En las dos rectorías se hospedan hasta los protestantes, siendo así que en ambos pueblos hay pastor protestante, y en el primero hasta una fonda servida por gente de la misma secta. Esto prueba el ascendiente y buen nombre de nuestros sacerdotes.

Sebaste.—Esta ciudad, que Herodes fortificó y coronó de un muro de una legua de largo y la aumentó con 6000 hombres, dándoles las tierras de los alrededores, no tiene hoy más que 300 habitantes entre ruínas. La de la iglesia de San Juan Bautista es considerada por M. Vogué como la más importante de las basílicas cristianas de Palestina. No queda más que la sencilla fachada, el ábside y la caja del templo hasta cierta altura, y sobre la tumba de San Juan Bautista

en medio del templo, coronada de una pequeña cúpula blanca. Se baja por una escalera de veinte escalones. La puerta es de basalto, mas está fuera de su lugar.

El techo está empedrado de pequeñas losas de mármol. En la pared hay tres como nichos; en uno yace el profeta Abdías, en otro el profeta Eliseo y el tercero es el de San Juan. Fué llevado allí por sus discípulos después de haber sido decapitado por Herodes.

Saliendo de la villa, á cosa de cinco minutos se ven derechas, como soldados no caídos aún en la batalla, 16 columnas monolitas que dicen al viajero dónde estuvo el grandioso teatro que regaló Herodes á Sebaste. Como recuerdo de este pueblo guardo una moneda encontrada en sus ruínas, donde se ven separados por una cruz Constantino y Santa Elena.

Bethulia (Sanour).—Está asentada en la cumbre de un pequeño altozano redondo y aislado en el medio de la llanura, á escepción de una lengua de tierra baja que la une á la pequeña cordillera. Tenía hermosas murallas, de que la descoronó Abdallah-Pachá, de las cuales réstanle aún como florones, algunos trozos de torre. Es una ciudad guerrera muy bien situada, y en aquel tiempo difícil de ganar, pues es larga la subida por todas partes, y solamente á pedradas, podían defenderse de los sitiadores. La llanura es ancha, verde, y sin un árbol para guarecerse del sol, que aquí quema verdaderamente. Ya el esposo

de la bella Judith, cual sombra parece que revolotea aún en torno de Bethulia; murió de una insolación en esta llanura.

Fuimos á comer en Djenim bajo unas higueras de sombra espesa y regalada, en un huerto rodeado de cactus.

En Djenim se cree que Jesús curó los diez leprosos (Lucas, XVII), de los cuales uno solamente le dió las gracias. No ha ganado nada en piedad este pueblo, pues de 3.000 habitantes de que consta, no hay más que dos familias católicas.

Galilea.—En Djenim dejamos la Samaria y entramos á la vez en Galilea y en la llanura de Esdrelón, que se extiende á los pies del viajero cinco horas seguidas, hasta dejarlo al pie de la montaña de Nazareth. Es de forma triangular y la más grande y hermosa de Palestina. A la derecha y á la mitad del llano, dejamos la montaña de Gelboë, seca y pelada, coronada de la blanca tumba de un santón; detrás vimos el Tabor, redondo, verde y hermoso, coronado con la capilla de la Transfiguración.

Nazareth, 8 Mayo.

Un P. Franciscano francés me cuenta que la Casa de Nazareth salió de este país hacia la Dalmacia, después de la última derrota de los cruzados en San

Juan de Acre y del horrible hecho siguiente: En Nazareth, que era entonces Sede episcopal, quedaba aún el Obispo, que se vió rodeado de moros que le amenazaban con quitarle la vida; él, débil y de poca fe delante de los mahometanos, arrojó la mitra y se puso el turbante declarándose apóstata.

Con la pérdida de la Casa santa comenzaron á llover sobre Nazareth calamidades sin número.

Un hecho notable sucedió el año 1622, que quiero notar. Los beduinos de las montañas de Moab, ó de la otra parte del Jordán, lo pasaron un día en són de guerra y saquearon todo este país y acabaron por la Casa y convento de Nazareth. Querían coronar la fiesta matando á los pobres frailes, é iban á hacerlo, cuando se les apareció una hermosa dama, vestida al estilo del país, diciéndoles muy enfadada que no tocasen á sus sirvientes. Ellos huyeron espantados, diciendo que aquella mujer sóla era capaz de sacarlos y echarlos de aquella tierra sagrada. Los pobres frailes no recibieron daño por intercesión de la Virgen María.

En 1885, habiendo una gran sequía, las madres mahometanas de Nazareth, enviaban sus pequeñuelos al templo, donde gritaban á Nuestro Señor: «Señor, dadnos agua.»

Nazareth, que significa Flor, es verdaderamente la flor de Galilea abierta en el seno de sus montañas. Estas, por dejarla sentar cómodamente, tienen la forma de un anfiteatro, ó mejor, de una grandiosa concha, en cuya cuenca ó ancha boca está recostada la ciudad

y cuyo centro es el Santuario de la Anunciación, en el fondo del dichoso valle escogido entre todos los del mundo para recibir las primeras pisadas del Dios hecho hombre.

La forma de concha de este valle, levantado sobre las cumbres de Galilea, trae la idea de la perla, y de la maravillosa manera cómo, según la poesía, la concibe.

Cuando la conquilla está bien formada y preparada en el fondo del mar, á veces se desliga de la tierra á la hora del alba, por una atracción desconocida, sube hasta flor de agua, y allí, abriéndose, toma una gota rosada, se cierra como un estuche y guarda en su seno aquel tesoro del cielo que un día ha de lucir como la más estimada de las piedras preciosas. Así el hermoso valle de Nazareth parece que se haya levantado sobre todos los de Galilea, para recibir á Jesucristo, verdadera y preciosísima perla del Evangelio.

La iglesia de la Anunciación es de tres naves y sencilla; en su centro, delante del altar mayor, se encuentra una escalera de mármol blanco de 15 escalones, y bajando el último se está en la capilla de la Anunciación. Allí, en aquel mismo lugar, bajo aquella misma arcada de granito, el Angel dió á María la embajada más grande que han visto salir los cielos, y Dios se hizo hombre en las entrañas de una Virgen.

Nunca, encontrándome devorado por la sed en los montes de Cataluña, ni en las llanuras secas y ardientes de Palestina, puse los labios en ninguna fuente

con tanto ardor como en esa piedra, fuente de toda nuestra civilización, de donde ha manado con las divinas aguas del cristianismo, todo el bien, lo verdadero y lo santo que vemos en el mundo. La vida interior que ha poblado en pasadas épocas la Nitria y la Tebayda, Miramar y las ermitas de nuestro Montserrat, y en la presente tantos conventos y monasterios, tiene aquí su fuente; la caridad, que hasta en el descreimiento de nuestros días avanza en la sociedad y cura contínuamente las llagas de la humanidad enferma, tiene aquí su origen. El Mesías prometido en el paraíso á nuestro primer padre, el deseado entre las gentes, aquí tuvo su cuna y bajó de esas montañas, como otro Moysés de las del Sinaí, á publicar la dulce ley del amor á los desterrados hijos de Eva.

Muchas antiguas casas de Nazareth que están adosadas á la montaña tienen, y lo he visto por mis ojos, alguna habitación bajo la roca, que tal vez en las primeras épocas fué la mansión primitiva: pues de esa parte constaba la Casa de Nazareth y fué la que aquí quedó al ser transportada por manos de ángeles á Loreto. La tradición, según el P. Lievin, dice que el arcángel Gabriel, en el momento de la Encarnación, estaba en la Casa de Loreto, mientras la Virgen se encontraba en el lugar de Nazareth, que estamos visitando. El altar, que habría de ser el mejor del mundo y aún no sería digno de Dios humanado, es de mármol sencillo y contiene un cuadro representando la Virgen en oración mientras el Arcángel la saluda. Deba-

jo del ara é iluminado por cinco lámparas y señalado por una cruz de mármol, está el lugar dichoso que tantos peregrinos vienen á adorar, á través de tierras y mares, señalado con la inscripción: *Hic Verbum caro factum est.*

Taller de San José.—Es una sencilla capilla erigida en el lugar donde trabajaba el Santo Patriarca, ayudado y bendecido por el buen Jesús. Esta capilla y la de *Mensa-Christi* son católicas. La cueva donde se dice que comió con sus apóstoles, hasta después de la resurrección, es una roca llana que se levanta un metro de tierra, y está hoy recortada para comodidad de los fieles que van á oir misa en aquel templo.

Fuente de la Virgen.—Donde las nazarenas van á buscar agua, llevando siempre la airosa ánfora á la cabeza y un poco inclinada. Los griegos han hecho una iglesia más arriba, de donde dicen que viene la fuente, y bajo el altar hay una boca de pozo de un palmo de ancho, de donde sacan agua con un hermoso cubo para ofrecerla á los devotos.

Montaña del Precipicio.—Ayer á las cuatro de la tarde, nos dirigimos por el fondo del valle, yendo contorneando la montaña hasta el lugar del despeñadero, en el que los fariseos de Nazareth querían arrojar al buen Jesús. Hay una pequeña cueva

que servía probablemente de altar en la capilla que hubo en otro tiempo, de la cual solamente se ven las ruinas; lo mismo que del ermitorio que la acompañaría, del cual quedan trozos de pared y dos cisternas, rodeadas de espinosos cactus, tamariz y hierbas. Encima, las rocas están cortadas y rotas de mala manera.

Delante la montaña del Precipicio hay otra montaña á la parte opuesta del torrente de Nazareth, hoy sin agua. A la misma altura de la cueva se descubre de aquí otra. ¿Quién sabe si también fué habitada? ¿Quién sabe si era tradición popular lo que dice Adricomius, autor del siglo catorce, que Jesús, cuando *transiens per medium illorum ibat* fué visto en el mismo instante en la montaña de enfrente, donde dejó estampadas en la roca sus vestiduras?

Desde la cumbre de la montaña del Precipicio damos una ojeada al país. La llanura de Esdrelón se muestra con toda su belleza. Aquí Débora y Barac, al frente de un ejército de 10.000 hombres, deshicieron á Sisara que venía con una armada innumerable y 900 carros armados de hoces. El torrente Cisón, que se ve allí sin una gota de agua, arrastró sus cadáveres por la llanura.

Al pie del pequeño Hermon Naim, y más allá, Endor, donde Saúl fué, mal aconsejado, á consultar á la pitonisa.

Siguiendo la sierra, fuimos á coronar la expedición visitando á Nuestra Señora del Temblor. Cuando los judíos iban á precipitar á Jesucristo, dícese que la

Virgen vino llorando hasta aquí, siguiendo sus pisadas, y viendo que le iban á despeñar, entróle un temblor grande. Aquí hubo un convento, cuyas ruínas y lugar es aún llamado por los moros Convento de las Doncellas, y una iglesia, cuyo ábside incluía la roca donde la Virgen estaba en su temblor. La capilla que acaban de hacer los PP. Franciscanos, ocupa la mayor parte: tiene en el altar la Virgen rodeada de mujeres compasivas del Zebedeo y sus dos hijos que le consuelan.

San Jaime.—Es una pequeña capilla que de limosnas españolas se acaba de edificar, en el solar mismo del Zebedeo, donde nacieron San Juan Evangelista y el Apóstol de España. Allí había ya las ruínas de una capilla de madera, de la cual quedan dos gruesas piedras que fueron encontradas debajo del ara, colocadas en el mismo lugar de la nueva y poqueña iglesia. Al rededor se hallan dos ó tres cisternas cavadas en la roca; tal vez fuesen de la casa de los Hijos del Trueno. Una de ellas tiene dos bocas redondas y la forma de dos tinajas unidas interiormente; mas en las paredes de roca y en el fondo se ven varios agujeros por donde pasaría un hombre, pero no se ha sacado la tierra.

Esta capilla está á un extremo del pueblo, que es de los más miserables que pueden verse. En dos casas, ó por mejor dicho barracas, hemos visto moler el trigo con una muela de mano movida por una mujer,

como en tiempo de los romanos; delante de la casa tienen el horno, digno de tal molino, donde generalmente se cuece el pan con estiércol seco, de ganado. De modo que ya es un adagio: en Oriente hay *campana de carne* (el muezin), *llave de madera* y *carbón animal*. En esta capillita hemos tenido el gusto de oficiar el día 9 de Mayo, cuando sólo lo habían hecho en ella dos ó tres Padres Franciscanos. En ella he rogado por España y he pedido al gran Apóstol San Jaime, que no deje menguar la fé en el reino á que la llevó, y donde recibió la promesa de la Virgen de que nunca se apagaría.

Al águila de los evangelistas, que tomó el vuelo en la vecina montaña de Nazareth, le he pedido que enderece é ilumine los caminos de la poesía moderna, tan llenos de barro, de polvo y de tinieblas, de duda y desesperación.

En cuanto á mí, humilde cigarra de los bosques de Cataluña, pequeño grillo que aprendí á cantar entre los terrones de la llanura de Vich, pedí la bendición para mis pobres canciones, y la gracia de saber beber la poesía, una sola gota que sea, en la sagrada fuente del Corazón de Jesús, donde él bebió la más alta que se ha escrito sobre la tierra.

Tabor, 9 Mayo.

A la una de la tarde bajamos de las montañas de Nazareth, y atravesando la llanura de Esdrelón, pasa-

mos á ver la iglesia de Naim, que acaba de erigir un sacerdote de Nazareth, de apellido catalán, Cardona, en el mismo lugar donde Jesús resucitó al hijo de la viuda que llevaban á enterrar. A falta de católicos en la población, los moros guardan la llave del templo, que ha venido á abrir una mora con su hijo en brazos. Hemos leído el Evangelio de aquel lugar y nos hemos encaminado al Tabor. La subida es suave y la emprendemos por la parte del Norte, verde y umbría, llena de robles, los primeros que he visto en Palestina, carrascas y encinas de un verde que encanta.

¡Qué hermosa vista y qué día tan claro para gozar de tan bello espectáculo! A Poniente vemos, por un rebajamiento del Carmelo, el mar de Cesárea, y esta montaña se nos aparece de una á otra parte, dominándola toda el pico del sacrificio de Elías.

A medio día nos cierran el horizonte las verdes montañas de Samaria, que nos oculta el pequeño Hermón, que tiene á esta parte Naim y á la otra Sunam, la patria de la Sulamita de los cantares. La llanura de Esdrelón se extiende como un tapiz verde del Carmelo al Jordán, un poco restriñido al centro del pequeño Hermón. A la parte opuesta del Jordán se ven de Sur á Norte las bajas montañas de Moab, manchadas de bosques y por todas partes incultas; hacia la parte del Norte, sirve de término el Gran Hermón, altivo y hermoso con su corona de nieve, y dominando con su blanca cabellera y su colosal altura todas las montañas de Palestina. Del Hermón aquí,

los ojos se detienen á contemplar la montaña de las Bienaventuranzas, el campo de la multiplicación de los panes y el estanque de Tiberiades, que parece, mirado desde tal punto, un hierro de lanza inmenso dejado allí por algún otro Goliat.

Desde el Hermón hacia Poniente se ve en último término la montaña de *Saphet* ó Cesárea de *Feliph*, que elevada blanquea como Medina Sidonia, vista desde la bahía de Cádiz. Más hacia acá se ve la montaña donde está sentado Caná de Galilea. Toda esta comarca está atravesada por la carretera que siguen los mercaderes del Cairo y de Damasco, que pasa por Napluse y por el pie del Tabor y el monte de las Bienaventuranzas.

Todo es bello en esta montaña, todo es bello á su alrededor. La Galilea no es pedregosa y estéril como la Judea; como no fué tan criminal, parece que la maldición de Dios no la haya herido tan de lleno, y cabalmente el Tabor está en medio de ella, dominando sus mejores paisajes, su único estanque, su llanura más grande y sus montañas más verdes. Á más esta es la más alta de Galilea, redonda, tan bien hecha como bien situada, tapizada de hierbas y vestida de aromáticas plantas y frondosos árboles; no en vano la escogió entre todas éstas nuestro Salvador por pedestal para su glorificación, como escogió el estéril Calvario por padrón de su ignominia. La palabra llena de amor y satisfacción de San Pedro, es la primera que acude á los labios en este altar miste-

rioso de nuestro Señor Jesucristo: *Bonum est nos hic esse*. Sería uno de los puntos de la tierra donde no me desagradaria desplegar la tienda ó al menos prolongar la parada, y dedicarme á mirar ese cielo, aún lleno de la gloria del Altísimo, esos valles y montañas, esos campos, riberas y caminos, donde su divino Hijo dejó impresas las huellas de sus pasos.

Tiberiades, 11 Marzo.

Ayer tarde hicimos un viaje al S. del estanque, hacia donde el sagrado Jordán vuelve á emprender su marcha, interrumpida por cinco ó seis leguas de mar. Me ha recordado al Rose saliendo del estanque de Ginebra, valiente é impetuoso como un caballo que se desvela cansado de dormir, y emprende de nuevo su carrera. La del Jordán no es tan rápida, por ser la tierra más llana, pero todos los años arrastra hacia el Mar Muerto algunos de los beduinos que se arriesgan á pasarlo, desnudos, con su fardo de ropa á la cabeza. Los que van á caballo lo pasan mejor y más seguros, pero el intrépido animal tiene que remar con fuerza para vencer la calmosa y avasalladora corriente.

Á media hora corta de la ciudad se encuentra la grande tumba de un judío, cerca de unos baños calientes, célebres en el país. Entre éstos y la ciudad, vénse enormes trozos de pared que hacen recordar los

del muelle de la antigua Ampurias, y columnas de granito, ha dos mil años tendidas á la orilla del mar, del que debieron ser ornato en otro tiempo. Es todo lo que resta de la Tiberiades romana.

Esta mañana, á primera hora, en alas de una sencilla barca, hemos ido á ver el Pequeño Jordán ó sea el punto donde desemboca bajando entre Hermón y el Líbano.

De la vecina Cafárnaum no queda más que una torre, la mitad de gruesos mármoles, y los cimientos también de mármol de una gran basílica, que Lievin dice que estaba en el mismo lugar de la casa de la suegra de San Pedro, santificada por la presencia de Jusucristo y su Madre Santísima. Restan gruesos chapiteles, trozos de columna y arquitraves de forma grandiosa, cubiertos de hierba y de espinos.

De Bethsayda no queda tanto, pues las paredes que hay son modernas, bien que fabricadas con piedras sacadas de monumentos antiguos. De Corazain, que estaba á la otra parte de Cafárnaum, aún se conserva menos; solamente la terrible maldición que cayó sobre todas: *Væ tibi, Corazain; væ tibi, Bethsayda... Et tu, Capharnaum, numquid usque in cœlum exaltaberis? usque in infernum descendes; quia si in Sodomis factæ fuissent virtutes quæ factæ sunt in te forte mansissent usque in hanc diem*. Más hacia aquí hay una llanura llena de árboles y fuentes, llamada Onádi-Hamam, Valle de las Palomas.

Entre ella y Tiberiades negrea el hoy humilde pueblo de Magdala, patria de Santa María Magdalena.

En la primera de estas dos expediciones nos ha acompañado el sacerdote Miguel Karam, del Patriarcado de Jerusalem, y destinado de párroco, ó mejor, misionista en la tierra de Hus, que está detrás del trozo de montaña de Moab, que tenemos delante. Hace un año que abrió la misión y ya tiene 300 fieles convertidos de entre los mil cismáticos griegos que allí había. Los griegos, careciendo de personal, tienen popes beduinos ordenados, que ni saben leer, de modo que no es difícil tomarles el gobierno de las almas, que ni saben ni pueden guiar por el camino del cielo, porque para esto se necesitan dotes especiales, como los del reverendo Karam. Es de raza árabe, del pie del Líbano, y á más de su idioma natal habla el siriaco, el latín, el francés y el italiano. Es de gran sobriedad, como el pueblo que rije, y hasta ha dejado de beber vino, por no hacerse antipático á los beduinos que, como viven entre los musulmanes, lo aborrecen; es hombre de una paciencia propia de razas europeas, y, por último, de una amabilidad que atrae y encanta. Es de tipo árabe, y sobre la sotana lleva un manto blanco y el turbante, hecho de un pañuelo obscuro, de manera que se le tomaría por un cheïhk.

Lástima grande que no haya sacerdotes para todas las misiones que podrían y deberían fundarse!

Son campos vírgenes que esperan al sembrador de la divina semilla del Evangelio. Los beduinos parecen malos, pero no lo son, me decía otro misionista que ha estado entre ellos. Siguen la ley natural un tanto ofuscada por el mahometismo, y la admiración que sienten por Jesucristo abre fácilmente la entrada al que vá á hablarles de la doctrina celestial. Son sobre todo muy sencillos, se admiran del misionista y le escuchan como si hubiese bajado del cielo. Cuando le convidan á comer á una casa, matan el carnero más grande del rebaño para él sólo; en cambio, cuando son convidados por él, va toda la tribu, abuelos, padres, hijos y nietos.

Cuando van á la rectoría á pedirle alguna cosa, aunque les diga que no puede dársela ó que no la tiene, hacen como quien no entiende, la piden de nuevo y después la piden en otra forma, y la vuelven á pedir sin descanso, como hacen los niños. Se aconsejan del párroco para todo, hasta para sembrar, comprar y vender, de manera, que éste, ha de hacer una provisión de paciencia que no se acaba nunca.

Caná de Galilea, 11 Mayo.

Saliendo de Tiberiades no tardan á encontrarse tres tumbas á mano izquierda; una es del Doctor Máymon, filósofo judío, hijo de Córdoba, más conocido en Europa con el nombre de Maymónides, y las otras

dos son de Bebe-Vriuic y Jòcna-Bénsach, rabinos del tiempo de Jesucristo, que le acogieron muchas veces en su casa de Genasareth, pero no se convirtieron.

Se deja el valle y se arriba á la grande y hermosa llanura de Hatine, y, á pocos pasos, se encuentra á mano derecha, á la orilla del camino, el lugar de la multiplicación de los panes. Las gruesas piedras basálticas donde se sentaría Jesús con sus apóstoles aún están allí, como si acabaran de levantarse. La tierra está cubierta, como entonces, de lozana hierba; *erat fenum in loco;* solo falta Jesús y la turba que á su alrededor debía cubrir, como un rebaño, esos márgenes ó ribazos.

Montaña de las Bienaventuranzas, es llamada por los indígenas Kurn-Hattine, los cuernos de Hattine, por terminar en dos puntas, entre las cuales hay un pequeño llano donde se dice que hizo Jesucristo el eternamente célebre sermón de la montaña.

El golpe de vista es inmenso.

Campo de las espigas.—Donde Jesucristo defendió á los Apóstoles ante los fariseos, porque obligados por la necesidad cogieron algunas espigas, recordándoles que, en semejante caso, David *entró en la casa de Dios y comió los panes de proposición que le era permitido comer.*

Caná de Galilea.—La iglesia que los Padres

Franciscanos acaban de construir, está colocada en la misma casa de las célebres y afortunadas Bodas donde Jesús hizo el primer milagro, convirtiendo el agua en vino. Es la casa de Simón el Cananeo que, según San Cirilo, era el esposo de aquellas bodas. Delante mismo de la iglesia católica, los griegos levantan otra, donde quieren colocar dos gruesas urnas de piedra que dicen ser las del convite.

Las ruinas de la casa de San Bartolomé, son propiedad de los Padres Franciscanos, y están cerca del cementerio católico.

Como en casi todos los pueblos importantes de Palestina, las pobres almas, especialmente las de los niños, son disputadas á la verdadera y única Iglesia por los protestantes, griegos y mahometanos, por todos los medios.

Saliendo de Caná dejamos á la derecha sobre una altura el pueblo de Mesched, patria del profeta Jonás, que guarda cuidadosamente su tumba dentro de una mezquita.

Nazareth, 13 Mayo.

Hemos asistido al Mes de María de esta población. Delante del altar, á las cinco y media de la mañana se reunen los niños católicos, y detrás de ellos algunos grupos de hombres y mujeres, y rezan el rosario en árabe, dirigidos por un joven de veinte años. La ora-

ción del Ave-María, aunque en la lengua de Mahoma, parece más dulce en esta iglesia donde fué dictada en gran parte, por el arcángel Gabriel, y la Virgen nos parece que ha de escucharla mejor, sobre todo cuando la repiten labios de ángeles. Después del rosario cantan la letanía, el *Ave maris Stella*, con una graciosa tonada francesa, que desacentúa, eso sí, las palabras del hermoso himno latino, y el párroco, que aquí es español, ha dicho misa, mientras acaba la función, dando la bendición con la vera cruz.

La Virgen María desde su altar lleno de flores, cogidas por manos puras en los jardines de Nazareth, parece sonreir al canto de los niños y darles también su bendición. Dígnese también bendecirnos á nosotros, viajeros que venimos á adorar sus pisadas en la tierra.

Es curioso el modo de portarse los orientales en el templo. Dejando aparte los cismáticos, que se postran hasta tocar la frente en tierra, se levantan y se santiguan, repitiendo esto mismo lo menos tres veces; los católicos se quitan ó no el turbante ó gorra egipcia, se sientan en tierra ó sobre los talones y no se arrodillan aunque alcen á Dios; mas cuando lo hacen, se bajan hasta tierra, besándola, muy compunjidos, gran número de veces.

Las mujeres llevan aquí, sobre la túnica, un manto parecido á un gambeto airoso con mangas cortas, adornado con algun dibujo. Cuando van al templo se lo ponen sobre la cabeza, mas ya dentro de él, se lo bajan hasta las espaldas, dejando ver entonces la

cabeza con un pañuelo como en nuestra tierra, mas coronada la frente con un segundo pañuelo que recuerda el turbante de los hombres. Estos, como las mujeres, no saben olvidar la costumbre arábiga de quitarse las babuchas, que dejan al pie de una columna, ó cerca de sí, por más que nuestros religiosos les digan que es válida y buena la oración aunque se lleven zapatos.

Respecto á la devoción me parece que, dejando aparte honrosas escepciones, no entra muy á dentro en el corazón de los orientales, sino que se queda muy á la superficie. No son difíciles de ganar, mas son fáciles de perder. Conocen solamente el exterior de la religión, miran las ceremonias y cosas sagradas en sí solas, independientemente de lo que significan; en una palabra, toman las hojas del árbol divino de la religión, no las ramas y el tronco. Por eso cambian fácilmente. En Bethleem, por haber hecho cambiar los Padres Franciscanos el cementerio en bien suyo, pues el que había era indecente, y yo soy testigo de ello, no hace muchos años, se hicieron cismáticos cuatrocientos del rebaño católico, aunque luego volvieron casi todos.

Si piden alguna cosa en el convento y no se les dá, aunque sea una naranja, cambian de religión hasta que vuelven á tener algún disgusto con la nueva y vuelven á la anterior. Una iglesia que pague bien siempre estará llena, á escepción de la protestante, que habla poco á los sentidos de los orientales. Los protestantes hacen su propaganda en las escuelas,

que levantan por todas partes, sobre todo donde pueden hacer más daño. Centenares de niñas y niños del Líbano, están hoy en escuelas protestantes, para ser mañana otras tantas maestras y pastores, y haga Dios que esa fortaleza de la fé católica en Oriente resista tan fuertes baterías.

Carmelo, 15 Mayo.

Á poco más de las dos de la madrugada salíamos hoy de la, para mí, más estimada ciudad de Palestina, la Ciudad Santa. Pasando por delante del templo de la Anunciación hemos rezado, quizás por última vez, en este santo lugar, el Ave-María; hemos desfilado por la orilla de la fuente de María; por primera vez la he visto solitaria; ninguna ánfora mezclaba su rumor, llenándose, al murmullo de sus aguas; ninguna nazarena conversaba bajo el arco de la piedra que cubre la fuente; ningún niño jugaba cojido á las faldas de su madre; la recua de camellos que había de partir de Jerusalem, no bebía aún en el gran abrevadero; las abejas no libaban juguetonas las flores de la orilla. Diciendo adios á aquellas murmurantes aguas, no bebí, porque tras la montaña, me esperaba bebida más dulce.

Todo dormía en el valle dichoso de Nazareth, menos el buen Jesús que velaba, olvidado de todo el mundo, en el sagrario, que se alza encima del único

lugar del mundo que lleva escritas esas misteriosas palabras: *Hic Verbum caro factum est.*

Desde la cumbre de la montaña volvime aún á Nazareth, que trabajosamente se divisaba, pues esta noche el creciente de la luna no lucía en el cielo, ni, gracias á Dios, había quien adorase al astro en aquella hora en la bendita cuna del Verbo encarnado. Siguiendo á obscuras los zig-zags del camino, bajamos de la sierra al valle de Zabulón por más abajo del pueblo de Rene en dirección del de Séphoris, patria de los padres de la Virgen María, y quién sabe si también patria suya. Antes de llegar á sus primeras casas, nos envía un rayo de luz que asoma desde la parte del Tabor, la estrella de la mañana, que entre todas las del cielo resplandecía como un brillante entre las perlas. ¡En aquella hora y en aquel lugar, qué imagen más dulce y agradable, para nosotros, la de la Virgen María! *Stella matutina, ora pro nobis.* Cuando la Virgen divina fué concebida en Séphoris, cuando nació pura, é inmaculada y hermosa, el mundo, como ahora, y más que ahora, estaba en las tinieblas, los hombres habían olvidado los caminos de la vida, y los valles y montañas de la Galilea, despertando los primeros á aquel rayo de nueva luz, se debieron decir unas á otras lo que nosotros decíamos acercándonos á Séphoris y mirando la estrella del alba: «el día se acerca.»

El día nos ha cogido celebrando misa en la capilla de Santa Ana, hecha en el solar de la que fué su